

Cogieron la vaca *Chabacana*, que estaba tan gordita que podía rayarse con la uña, y la mataron en pleno patio.

Guadalupe, el mozo que usted conoce, se demoró en ejecutar una orden que le dió uno de los segundos del Valeriano, le regañaron, contestó de mala manera, y allí me tiene usted á aquellos demonios *armados de potencia* á fusilar al muchacho. Fué menester rogar muy seriamente al jefe para que consintiera en que no hicieran aquella atrocidad.

Luego entraron á los cuartos, y aquí cojo, allí agarro, me dejaron todo pelón en un santiamén. Pero aún nos faltaba ver algo más. Los baúles forrados de cuero y las grandes cajas de alcanfor, que por orden del dueño no se habían movido de sus sitios, fueron abiertas á tiros; ni siquiera aguardaron aquellos réprobos la llegada de las llaves, que estaban en el gran mazo que la señora traía á la cintura. Así sacaron trajes de *tarlatana*, de gro y de terciopelo, tápalos de burato, zapatos de raso, pantalonerías plateadas y bandas de seda; todo lo cogían con tal precipitación, con tal afán de destruir, que quedaba deshecho en sus manos antes de entrar en las maletas que traían á las grupas de sus pencos.

Luego, arriaron más de cien reses, frieron en un perol cerdos gordos, mataron á balazos los demás y echaron al monte la caballada que no pudieron llevarse. Le habría dado horror ver el juego á que se dedicaron: pusieron en

el patio toda la becerrada, y á la hora que tuvieron bien mancornados á los inocentes animales, fueron pasando á caballo uno tras otro y ensartando con sus lanzas á los pobres mamones sin hacer caso de los mugidos de dolor con que llamaban á sus madres. A uno de los ternerrillos le decían Degollado, á otro Ogazón y así á los demás; y sólo cuando dejaron hechos picadillo á los que creían sus enemigos, se alejaron de aquel lugar.

Ni don Alonso ni ninguno de nosotros había dicho palabra ante estas atrocidades; pero estando ya á caballo el jefecillo, se volvió á mí y me dijo con salvajismo que quería ser chiste:

— Padre cura, por allí anda una chatita que me *cua-dra*; ¿cómo no dice que me la traigan aquí? Ya estoy montado y no quisiera perder tiempo.

Le repliqué, poniéndome de todos colores, que no sabía qué chatita era aquella; pero él, sin aguardar más respuesta, dispuso que cuatro de sus bribones llevaran á Leonorcita.

Exhorté á Larrumbide y le dije que la mancha que trataba de echar sobre una familia honrada que le había recibido de paz, no dejaría de castigársela Dios; pero el bandido, sin oirme, se limitó á vociferar:

— Pero, *tata pagre*, ¿qué no ve que traemos muy recomendado este rancho, en que el bandido Herrera tenía su abrevadero, y en que se admitía á los juaristas á libre plática?

Mientras yo exhortaba al monstruo amenazándolo con todos los castigos eternos, los tagarotes salían con la pobre Leonorcita desmayada, y la echaban en uno de los caballos que traía montura de mujer, trepando en ancas uno de ellos.

Tras los infames raptores salió el pobre don Alonso, disparando tiros con una pistola giratoria que había escondido en previsión, aunque remota, de un caso así. Creo que hirió á uno de los que le habían sujetado; pero los otros y sobre todo el jefe, que pasó sobre mí para lograr que le soltara la rienda de su caballo, se marcharon á todo correr.

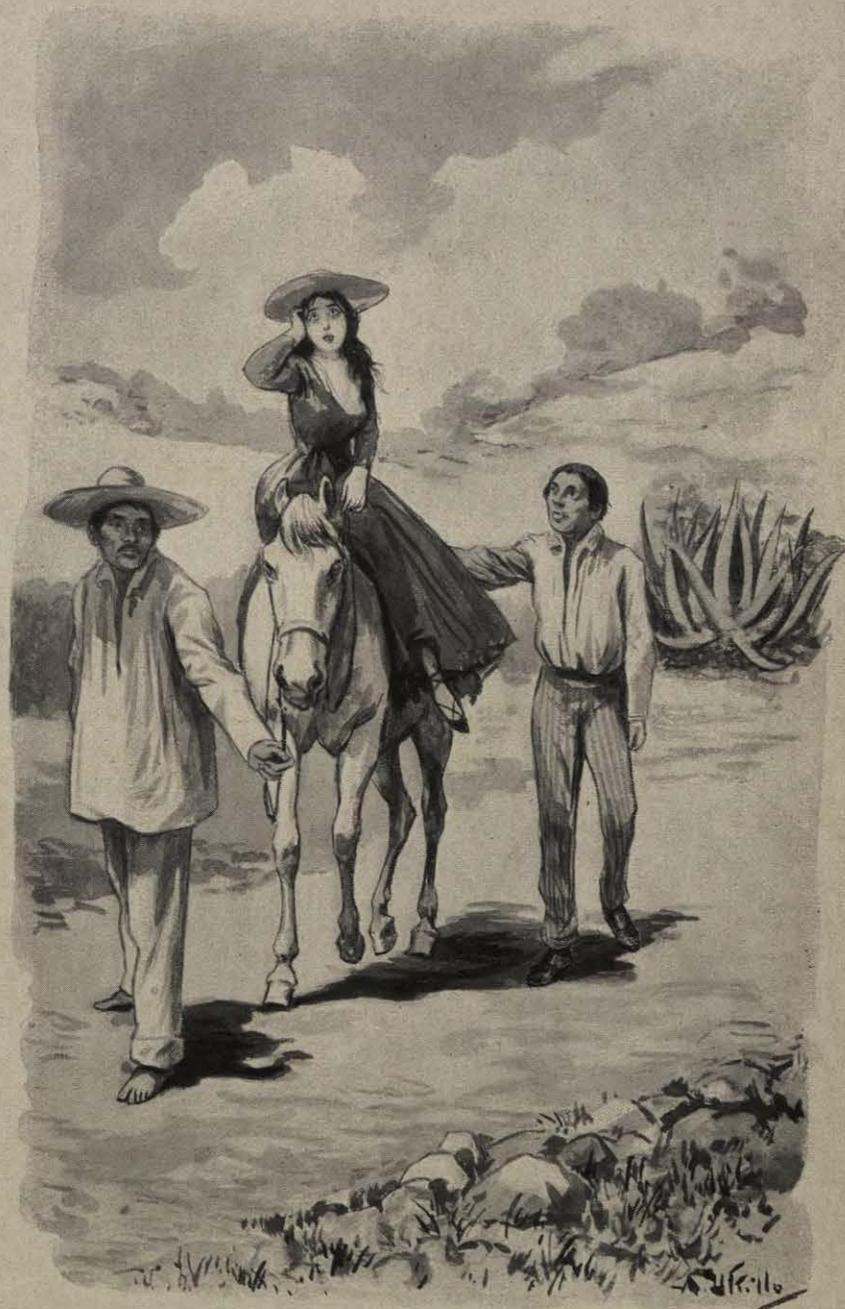
Ahora don Alonso está con fiebre de horas; doña Eduviges azorada y azotando de pie y mano como convelida, y toda la casa llena de la desolación que usted puede figurarse.

Yo, sin tomar parecer de nadie, escribí á don Miguel Cruz Aedo participándole lo sucedido, á ver si puede rescatar á la niña.

Perdone que le envíe tan malas nuevas, y mande á su afligido capellán que mucho le aprecia,

EULOGIO FLORES.

P. S. Los vaqueros que mandamos tras de los ladrones, dicen que anteayer, jueves diez, derrotaron las tropas de los *puros* á las de Larrumbide, dispersándole su gente.



... parecía una loca por lo triste y desesperada

A Leonorcita se la encontraron en el fondo de la barranca del Izote; hacía veinticuatro horas que no probaba bocado y parecía una loca por lo triste y desesperada.

Pida usted á Dios que nos ayude y nos mande salud y conformidad, ya que no puede enviarnos el olvido de nuestras penas. Adiós.

De Mencía López de Quiñones

á Trinidad Torres Lares.

Guadalajara, 1.º de Diciembre de 1858.

Amiga muy querida: ¡Cuán bien hizo usted en marcharse de aquí para no presenciar los horrores que pasamos! No puede imaginar los sustos que nos dieron los rojeños, los de Maciel y los diablos encarnados que se desencadenaron sobre esta desgraciada ciudad. Dicen que al Rojas lo nombró su defensor uno de los presos de la cárcel, un bribón á quien sus jueces habían condenado á muerte, y que pasaron entre ellos estas palabras poco más ó menos:

— ¿Por qué me nombras defensor, si sabes que no soy Licenciado ni cosa que lo parezca?

— Porque estoy tan amolado, que sólo me puede salvar uno que sea muy hombre; y como el más hombre del

mundo es el coronel Rojas, he nombrado mi defensor á la buena persona de usted.

Reflexionó el Rojas, y luego, como si sintiera una inspiración de momento, tomó del brazo al otro bandido, que probablemente lo era menos que el patrono, y le sacó de la cárcel á pesar de las respetuosas protestas del alcaide.

Pero como no hay pillo que deje de tener algún lado bueno, ayer hizo lo siguiente, que va á ponerla perpleja.

Como usted recuerda, en el convento de Santa Mónica se anuncia la necesidad tocando una campanilla, y una vez que las familias oyen el toque, se apresuran á mandar socorros á las benditas madres. Ahora se empieza á sentir la escasez más fuerte que en ningún tiempo, y la campanita suena hasta hacerse rajas.

Según parece, uno de estos días estaban en el despacho del palacio los mandones de ahora, Ogazón, Vallarta y otros, cuando se comenzó á oír el tintineo aquel con una insistencia que acabó por molestar los augustos oídos de los señorones. Uno, más enojado que los demás, preguntó furioso qué significaba aquel toque, otro lo explicó y entonces alguno dijo:

— ¡Malditas viejas! no hemos de tardar en echarlas á la calle para que no sigan fastidiando... No más son llo-ronas, porque casas y dinero les sobran.

Rojas hizo que nada había oído, pero se salió á la deshilada como quien no quiere la cosa. Ya en la calle, llamó

á un conductor de carreta de bueyes, fué al comercio y en una tienda pidió zarapes, en otra *géneros blancos*, en la de más allá frijol, azúcar, panocha, sal y toda clase de man-



tenimientos, y con toda su carga, que por supuesto no pagó, llegó al convento.

Luego que la hermana tornera supo que estaba á la puerta don Antonio Rojas, pensó en un nuevo saqueo, quizás en una expulsión ó en un incendio. La superiora se apresuró á encerrar á las monjas y novicias guapas, y con el Jesús en la boca salió á recibir al bandido.

Don Antonio se quitó el sombrero, y con el tono *zongo* y arrancherado que le distingue, dijo á la madre que allí llevaba aquello para remediar la necesidad del convento. Si la bendita Sor hubiera visto á Satanás comulgando devotamente, no se habría sentido tan espantada como se sintió; pero su asombro fué más grande cuando el coronel, con el jarano en las manos, y como acortado, añadió:

— Y cuando tengan necesidad no toquen la campanita, porque los mandones se ofenden. Manden llamar á Antonio Rojas, y él les dará cuanto hayan menester.

Desde ese día las mejores mermeladas, el chocolate más exquisito y la cajeta de membrillo mejor y más blanca son para Rojas. Curiosísimo, ¿verdad?

Adiós, Trini; mucho la quiere su

MENCIA.

De don Pedro Gallardo

al Padre don Eulogio Flores.

En el Rancho del Venado, á 27 de Abril de 1859.

Muy querido don Eulogio: Quien le escribe no es un espectro, ni un aparecido, ni un alma del otro mundo; es su amigo, su viejo amigo el mayor Gallardo, milagrosamente salvado de la muerte.

Como sabría usted, caímos en Zacatecas hace cosa de

un año, Manero, que era nuestro jefe, Landa, Aduna, Drechi y yo. Sentenciados á muerte por Zuazua, se dispuso nuestra ejecución; se nos llevó al patíbulo, se formó el cuadro y se disparó sobre nosotros.

Todos mis compañeros quedaron muertos y yo mal herido. Supo el señor cura don Ignacio Castro, por un sepulturero piadoso y discreto, mi salvación milagrosa, y pagando quien me curara y ocultara, protegió mi fuga.

Sé que ahora se sigue proceso á mi bienhechor el señor cura, pues él, obrando como el buen samaritano, aparte de ungir mis heridas con aceite y vino, oculta ahora su hermoso rasgo.

Me había propuesto no revelar nada de lo sucedido, y permanecer dedicado á la oración en estas asperezas todo el tiempo que me reste de vida nueva: cuando el Señor me dejó vivir, debe de ser seguramente para que emplee mi existencia en su santo servicio. Pero ¿debo dejar que se ignore lo sucedido, y quizás que se perjudique al hombre á quien tanto debo?

Contésteme pronto con el nombre de Pedro Aceves, que es el que llevo ahora, pues deseo obrar conforme á conciencia. Suyo

PEDRO GALLARDO.

Del padre don Eulogio Flores
al mayor don Pedro Gallardo

Guadalajara, 22 de Mayo de 1859.

En estos tiempos, en que dan ganas de creer que Dios ha dejado al malo el gobierno de este mundo protervo, sucesos como el que usted me relata, amigo mío, sirven para levantar el ánimo y postrarse ante el Señor. ¡Bendito sea su nombre santísimo y benditas las pruebas que nos manda!

No debe usted revelar nada que su bienhechor no quiera que se sepa; déjele usted la parte más hermosa de su acción, la gloria de mantenerla oculta; y si él sufre, si es perseguido, si se le maltrata, tendrá al cabo una recompensa más delicada que cuantas pudiera ambicionar. ¡Dios habla en vez de los que callan!

Por lo demás, tiene usted razón; Dios por algo le dejó la vida, y salvo opinión menos gruesa y material que la mía, creo que usted debe consagrar su nueva existencia á la tarea más agradable que pueda haber para Él; á ayudar á que acabe esta maldita guerra que destroza y divide á las familias, siendo para ellas manantial de dolores y penas.

Haga usted eso, y su obra será sobre todas acepta á Dios. Su amigo y capellán afectísimo,

EULOGIO FLORES.

De Juan Pérez de la Llana á don Guillermo Prieto

México, 18 de Abril de 1859.

¿Conque insistes, Guillermo querido, en que te refiera lo que presencié en Tacubayá? Allá va, y no te horrorices ni atribuyas á afán de artista mi deseo de contarte las cosas como pasaron; que si pusiera un poco de exageración en mi relato, resultaría una tragedia que te horrorizaría.

Nada te digo de la jornada del dos, porque no tomé parte en ella; desde Calamanda había recibido en un pie una contusión que me hizo guardar cama al llegar aquí, y hasta el diez pasé del cuartel general del señor Degollado á situarme en el Arzobispado de Tacubaya.

Para que tengas mejor idea de los sucesos, te diré que el señor coronel Zaragoza, don Ignacio, tenía á su cargo la defensa del castillo de Chapultepec, Molino del Rey y Casa Mata, y el señor general Alvarez, don José Justo, la de la línea toda de Tacubaya.

No puedes figurarte el estado de destrozo en que se hallan nuestras fuerzas; batallones enteros hay en que no existe un abrigo, no digamos capote militar, pero ni siquiera la más humilde é indecorosa frazada. Los cuerpos están reunidos unos con otros, los artilleros combaten al lado de los infantes, los de caballería con los zapadores, los guerrilleros con el ejército regular; la parte más flo-

rida de nuestras tropas la forman las blusas del norte.
Un poetastro conservador los ha descrito así:

Si usted los ve, queda yerta
Porque son cosa muy rara
Su tranchetazo en la cara
Mirada falsa é incierta.
Todo en ellos es risible
Porque visten zagalejo,
Y por lo demás un deajo...
No reir es imposible.

Un Sebastopol cada uno
Parece de tan armado,
Pistola y daga al costado
Y sable y rifle á la vez.
Un sombrero á la pastora,
Barba que oculta la cara,
En mano chicote ó vara
Y un hermoso *cachenez*.

Su zagalejo encarnado
Desde el cuello á la cintura,
Calzón con botonadura
Y su bota á la *derniere*.
Es decir, su bota fuerte
Como en el siglo pasado,

Y dentro de ella encajado
Un *guangocho* pantalón.

Lo que es del pié la punta,
Cuya planta se halla en ruina,
Voltea primero la esquina
Que su amo, dueño y señor.



En fin, ¿para qué prosigo
Narración que ha de cansarnos?
Dejemos á los tagarnos,
Las heces de Monterrey.

Las armas, Dios las dé; hay de todo, desde carabinas inglesas hasta *bocamartas* del tiempo de la conquista, pasando por las yogas, tercerolas, mosquetes, fusiles de chispa de todas edades, y escopetas de caza.

Nada te digo de la población, porque es para partir el alma. Los pobres habitantes están esquilados, exprimi-

dos y destrozados; en el interior, ya se sabe, las exoliaciones son diarias y los desgraciados han tenido que apechugar con todo, de manera que han cimentado un ordenado desorden. Aquí, donde poco han tenido que sufrir, sus lamentos nos han consternado. Para que se vayan *yaciendo* á estas cosas, mucho ha de pasar.

Vi ayer á pobres familias que conducían al viejo valedinario, cuatro ó cinco niños que lloraban á grito herido, y la vaca, único recurso de la familia, que mugía triste al dejar el pesebre nativo, en que abandonaba también la yerba fresca, el descanso fácil y la ternera amada.

Venían después pobres indios azorados llevando las ollas llenas de tizne, la cama de *tapextle*, la ponedora cresta-rosa y los trozos de cal para el *nejayote*.

Luego, á lo lejos, huían las carretas que se temía fueran requisadas, las mulas y caballos de los arrieros á quienes había sorprendido el tiempo entre los dos ejércitos y los hombres que temían la leva.

Solo á nuestra derecha, en la Condesa, un pobre viejo guiaba dos bueyes *cuatezones* más derrengados que su dueño, y echaba las primeras semillas en un barbecho que abría trabajosamente la reja del arado; al fin aquello tenía que pasar como pasaron Tolome, el Gallinero, el Molino del Rey y tantas otras, y el sol seguiría alumbrando, germinando las plantas y la tierra dándole sus jugos.

Como á las tres se vió la aproximación de grandes grupos que se movían en dirección de Chapultepec; eran los reaccionarios, que en número de siete mil llegaban por Tacuba y Popotla, la hacienda de los Morales y las lomas del Rey.

No se distinguían ni aun con anteojo los cuerpos y sus denominaciones; pero sí se veían brillar las piezas de artillería, que se encontraban muy distantes de nosotros.

El primer anuncio de la presencia de los conservadores fué el disparo de un cañón que casi no oímos, pero del que notamos la espiral de humo blanco que salía de la boca. Más de una hora duró el cañoneo sin resultados, hasta que á las seis cesaron los disparos.

Poco antes me avisaron que alguien me buscaba, y me encontré con mis dos amigos más queridos, Juan Díaz Covarrubias, el poeta, y José María Sánchez, el chico más regocijado de la República.

— Vinimos, me dijo Juan, porque sabíamos que faltaban médicos en el ejército federal, y como esto se espera lucido, es menester no dejar que perezca sin auxilios tanto desgraciado. Ya nos presentamos á Rivero y nos recibió muy bien; hoy charlaremos un rato y nos acostaremos temprano, porque mañana á buena hora hay que cortar mucha carne.

— ¡Cómo te regocijas, traidor!

— ¡Regocijarme, replicó Juan, cuando nada hay que